

El once antes del once

Voluspa Jarpa

Hay muchas maneras de narrar, muchos modos de simbolizar, muchos modos de imaginar y sentir. Así debe ser. Yo he elegido, y me ha elegido, pensar mi espacio-tiempo como ciudadana latinoamericana a quien durante la infancia y adolescencia le tocó ver y vivenciar varias dictaduras latinoamericanas y sus procesos transicionales a las democracias.

El recorrido que haré en este texto será como ir armando un rompecabezas con fragmentos que calzan, piezas que no sabes donde encajar y otras piezas que faltan. Advierto al lector que el recorrido parecerá historiográfico, sin embargo, ese no es su objetivo. El objetivo es pensar: ¿qué símbolo, qué lenguaje, qué experiencia producen estos pedazos de historia?

Para ello aclaro que mi material de trabajo son los archivos que EE. UU. ha desclasificado sobre América Latina: Junto a ellos también se filtrarán archivos brasileños, chilenos, paraguayos, argentinos. Archivos filtrados de la OTAN, archivos italianos, ingleses, australianos, belgas, entre otros.

Empezaré contando la historia de las dictaduras en el Cono Sur: la primera de ellas la hace el general paraguayo Alfredo Stroessner de 1954

a 1989. Militar formado en Fort Leavenworth en 1953, los documentos norteamericanos de su dictadura aún permanecen clasificados. A pesar de eso, hay registros de la donación de treinta y un millones de dólares por parte de los militares norteamericanos a Paraguay entre 1946 a 1989 y la información de entrenamiento de mil ochocientos setenta y cuatro miembros de las fuerzas armadas paraguayas en territorio norteamericano durante el mismo periodo, principalmente en la Escuela de las Américas y en Fort Benning, Georgia. Un cablegrama del 16 de mayo de 1956 muestra al general paraguayo Stroessner enviando la lista de su nuevo gabinete, para que el embajador estadounidense le de su aprobación. Durante el año 1959, también encontramos información sobre asesinatos y represión de “rebeldes” a la dictadura (Lessa).

En 1964, João Goulart, presidente electo de Brasil, termina abruptamente su gobierno a causa de un golpe de Estado. A través de una sucesión de generales de las fuerzas militares, el general Castello Branco, el general da Costa e Silva, el general Garrastazu Médici, el general Geisel y el general João Figueiredo, la dictadura se sostendrá hasta 1985. Los archivos de inteligencia de la CIA revelan el acompañamiento del Golpe. En diciembre de 1963 hay documentos desclasificados que se refieren a “Un Plan de Contingencia para Brasil” escrito por el embajador estadounidense en la época, Lincoln Gordon, donde analizaba escenarios posibles frente a la crisis del país, sugiriendo acciones del gobierno de los Estados Unidos que incluían la opción de destitución por la fuerza del presidente electo Goulart. Las escuchas telefónicas entre el presidente Kennedy y el embajador Gordon revelan las preocupaciones acerca del gobierno de João Goulart, entendido como un gobierno de izquierda, y por tanto el motivo principal para producir el Golpe. Más adelante, un informe desclasificado revela la posibilidad de que los militares brasileños estén divididos y pueda implicar una violenta guerra civil. Un telegrama del 31 de marzo de 1964, emitido desde el Departamento de Estado, informa sobre el envío de ayuda militar, conocida como *Operación Brother Sam*: un barco petrolero con combustible

fue trasladado de Porto de Aruba en el Caribe a las cercanías del puerto de Santos en Brasil, estimando que el navío llegaría a la costa brasilera en la fecha del golpe, junto a ocho portaviones, cuatro destructores, dos navíos-escolta y otros tres navíos-tanques de refuerzo. Acompañaban los navíos 110 toneladas de municiones (González y Máximo). Transcurrido el golpe y la dictadura hasta 1985, el último general en gobernar fue el general João Figueiredo, que había sido jefe del Servicio Nacional de Inteligencia por años y alumno destacado de la Escuela de las Américas, donde cientos de personas fueron torturadas y muertas.

En 1971, el presidente Juan José Torres de Bolivia, había establecido un gobierno militar nacional de izquierda. En su mandato nacionalizó la empresa *Bolivian Gulf Oil Company*, algunas compañías mineras, aumentó el financiamiento de universidades públicas y había armado un programa llamado “Estrategia Socio-Económica del Desarrollo Nacional”. Sufrió un Golpe de Estado a mando del general boliviano Hugo Banzer. En un memorándum de ese año 1971, Henry Kissinger, informa del golpe y el cambio a líderes militares conservadores, que revertirán las medidas de nacionalización del general Torres. El 22 de junio un informe de ese año, refiere a las propuestas de operaciones encubiertas de EE. UU. para producir el golpe, así como la asistencia económica, entrenamiento y municiones, para sostener a la nueva Junta Golpista en el poder, “ya que la inacción podría haber llevado a un nuevo gobierno extremista, lo que no es una alternativa tolerable”, dice el informe (Badani). La dictadura de Banzer duró hasta 1978. El general Bánzer fue alumno en la Escuela de Caballería Acorazada de Fort Hood en Texas, y la célebre Escuela de Las Américas, en la Zona del Canal de Panamá, donde completó con honores su especialización en tácticas de lucha antiguerrillera.

En 1972, en Uruguay, el presidente electo civil Juan María Bordaberry, inició un proceso de militarización de su gobierno, llevando a cabo la conducción presidencial en conjunto con una Junta Militar que derivó en una dictadura

militar que se extendió hasta 1985. En documentos desclasificados se lee que —en reunión sostenida entre Kissinger y el general Garrastazu Médici (dictador de Brasil)— los militares brasileños, intervendrán las elecciones y darán apoyo posterior, así como también, asesoría al Golpe de Uruguay. En el mismo diálogo desclasificado Kissinger y el general Médici, declaran su preocupación por el gobierno de Allende en Chile. En documentos de inteligencia brasileña, se leen los planes para alterar las elecciones uruguayas para que salga electo Juan María Bordaberry (Herrera Lussich). También aparecen en desclasificados anteriores de 1971 del Departamento de Estado (25 de agosto de 1971) se discute cuáles serán los planes para Uruguay y cómo se llevarán a cabo. Uruguay tuvo el mayor número per cápita de presos políticos del mundo. Casi el 20% de la población fue arrestada. Los jefes del Movimiento Nacional de Liberación (entre ellos, José Alberto “Pepe” Mujica, que posteriormente sería presidente de 2010 a 2015) fueron aislados en prisiones y sometidos a repetidos actos de tortura, durante décadas.

En 1973, el presidente electo Salvador Allende, sufrió un golpe de estado el 11 de septiembre. Documentos desclasificados, muestran profusamente el malestar del presidente Nixon y su secretario de seguridad Henry Kissinger hacia el gobierno de Allende y la Unidad Popular. La desclasificación de Documentos de Chile, es una de las más cuantiosas —y también censuradas— que haya realizado EE. UU. sobre un país extranjero. Abarcan los planes para evitar la elección de Allende, financiamiento de contra-propaganda, asesinato del comandante en jefe del ejército contrario a un golpe, el general chileno René Schneider, con el objetivo de producir caos y convencer al congreso chileno de que no ratifique el triunfo de Allende en 1970. Los documentos revelan también el financiamiento millonario para generar su caída estrangulando la economía, la participación de connotados empresarios como Agustín Edwards, dueño del periódico más importante del país. Todos esfuerzos que buscan crear las condiciones del Golpe de Estado, la gestión de la toma de poder y

el bombardeo al palacio presidencial de la Moneda. Los mismos documentos desclasificados, narran la participación de la dictadura brasileña en la represión y tortura, la existencia de los campos de prisioneros, y muchos otros detalles de una verdadera campaña de intervención internacional (Sifuentes). Esta colaboración existió hasta su final en 1989, cuando Augusto Pinochet perdió un plebiscito que le habría permitido gobernar hasta 1996. También hay documentos sobre el apoyo al financiamiento de la campaña contra Pinochet a fines de los 80 y el acompañamiento a la transición a la democracia. El brazo derecho de los servicios de represión del régimen, la DINA, estuvo en manos del Coronel Manuel Contreras, egresado también de la Escuela de las Américas.

En 1975 el general Francisco Morales Bermúdez, toma el poder en Perú y su propósito es corregir los excesos en que había incurrido su predecesor, el general Juan Velasco Alvarado que pertenecía a una corriente nacionalista latinoamericana, conocido como el “proceso revolucionario”. El general Morales acusó a los extremos, responsabilizando a la izquierda radical, cuya influencia se propuso desterrar. De la influencia de las agencias de inteligencia norteamericana en el giro hacia el neoliberalismo, no hay muchos documentos. Sin embargo, en los documentos chilenos, se devela un encuentro entre el coronel Manuel Contreras, jefe del Servicio de Inteligencia de la dictadura chilena, con Vernon Walters, director en esos años de la CIA. El coronel Contreras le manifiesta la sospecha de que el gobierno peruano quiere iniciar una guerra con Chile (resabios de la guerra del Pacífico de fines del XIX). En los documentos de inteligencia de la dictadura brasileña, también se recoge el temor de los militares chilenos en el poder, acerca de la compra de armamento soviético y francés por parte de la dictadura peruana. El asunto de estos documentos brasileños refiere a la evaluación de un crédito de 40 millones de dólares, en 1976, para comprar armamento brasilero de parte del régimen de Pinochet, visado por Estados Unidos. Un telegrama del Departamento de Estado norteamericano, muestra que en 1977 se redujo la asistencia militar a

Perú de 20 a 10 millones, debido a la adquisición de ese armamento soviético. Ya a partir de 1978 el dictador Morales Bermúdez, debilitado por levantamientos populares, participó en algunos casos —que explicaré más adelante— de la Operación Cóndor y entrega el poder en 1980.

En 1976 tuvo lugar el Golpe de Estado contra Isabel Perón en Argentina. El formato de esta dictadura que se prolongó hasta 1983 será a través de diversas juntas militares sostenidas por distintos “presidentes militares”. El primero de ellos es el general Jorge Videla, luego le suceden el general Viola, el general Galtieri, quienes además del Almirante Massera, conforman las caras más tristemente célebres de la dictadura argentina. Dos días después de producido el golpe del 24 de marzo de 1976, el entonces secretario de Estado, Henry Kissinger, ordenó “alentar” a la dictadura argentina y ofrecerle apoyo financiero. Días antes, Kissinger, al ser informado de que se produciría un golpe de Estado en Argentina, afirmó que quería impulsarlos. En tanto, el embajador estadounidense Robert Hill calificó al golpe como el “más civilizado de la historia del país”. Pero documentos desclasificados recientes, señalan que —después de que se conociera que el presidente Juan Domingo Perón había sido ingresado de urgencia por un edema pulmonar en 1973— se revelan las intenciones estadounidenses: “debemos esforzarnos por mantener un estrecho vínculo con los líderes militares claves, en cuanto representan una de las pocas alternativas viables a los peronistas”. Los generales de la junta Jorge Videla, Roberto Viola, almirante Emilio Massera y general Galtieri habían sido también alumnos de la Escuela de Las Américas.

En 1976, en Ecuador, un “Consejo Supremo de Gobierno” —entre 1976 y 1979— es llevado a cabo por militares. Este consejo dio un giro hacia la derecha, pues abandonó la filosofía nacionalista en materia petrolera que habían tenido los gobiernos anteriores y adoptó políticas represivas, iniciando un proceso de endeudamiento externo que repercutió gravemente sobre los gobiernos constitucionales que reiniciaron la democracia en agosto de 1979.

Agradezco la atención de los lectores en este relatoría árida de los acontecimientos de la Guerra Fría en Sudamérica, tengo conciencia del esfuerzo en su escucha atenta, pero mi ánimo es articular un rompecabezas que aún no hemos terminado de imaginar.

Estas dictaduras siguieron organizándose y establecieron una suerte de articulación represiva a escala continental conocida con el nombre de Operación Cóndor. Su síntesis hasta los retornos de las democracias a mediados de los ochenta y noventa deja un saldo lamentable, sin contar los procesos internos de imposición de cada régimen dictatorial. La Operación Cóndor tendría a su haber: cincuenta mil asesinados, treinta mil desaparecidos, cuatrocientas mil personas detenidas sometidas a interrogatorios, cárceles y torturas. Aparentemente, los documentos de Cóndor desclasificados —tanto por documentos de inteligencia norteamericanos como de los países involucrados que han ido saliendo a la luz desde fines de los 90, incluidos los tristemente célebres “Archivos del terror” encontrados en Paraguay a mediados de los 90— revelan que esta articulación fue comandada por el Coronel Contreras, jefe de los servicios de inteligencia de Pinochet, quien según documento desclasificado por la CIA de 7 de enero de 1975, tiene una importante reunión con el secretario Kissinger y es nombrado como el nexo entre la Inteligencia norteamericana y Pinochet, recibiendo paga por ello (Kornbluh “Operación Cóndor” 2020).

El coronel chileno Manuel Contreras recibe financiamiento para organizar las inteligencias sudamericanas, así como pensar su estructura de funcionamiento, comunicación y acción. También constan los documentos sobre entrega de equipos, armas, sistemas de comunicación, es decir la logística que permita el funcionamiento de las policías secretas coordinadas y que tengan capacidad de acción en la región. Los documentos dan cuenta de los métodos de tortura, campos de concentración y eliminación de detenidos, métodos denominados “la basural”. De esta forma Paraguay, Brasil, Chile,

Bolivia, Argentina, Uruguay, Perú y Ecuador vivirán los efectos de esta represión durante todo el proceso totalitario impuesto por la violencia. Cuando la región sale de este oscuro periodo, no habrán pruebas, ni documentos, ni certezas de que esto ha sucedido. En este punto ciego se inician los traumatizados retornos a las democracias.

* * *

Hasta aquí lo que parece historiografía, ahora vamos al símbolo y al lenguaje.

Por mucho tiempo, dediqué parte de mi práctica artística a la noción de la histeria, su lenguaje somático, su cuerpo convulsionado, su mudez —registros de obras que en esta ocasión no mostraré— pero lo traigo hasta acá, porque cuando recuerdo la vivencia de la lectura de los desclasificados que inicié en 1998, donde la experiencia de la tensión entre la historia y el relato mudo y somático de la mujer histérica, ya era algo que había asimilado. Si pensamos el síntoma psicoanalítico como lenguaje *anómalo* que proviene de un hecho que no se puede traducir a lenguaje la experiencia —y esta es la definición de trauma— la verdad a la que podemos acceder en primera instancia no sería la verdad del hecho, el archivo y su dispositivo documental. Accederíamos más bien a la verdad de la cifra en cuanto código y con ella, a los signos de la muerte, la destrucción y la agresión. En este sentido, podría extremar la idea y sería que la historia, como narrativa, no está destinada a narrar las *verdades* de los acontecimientos, sino que se trata de una operación narrativa destinada a *editar* —borrar, condensar, recortar— y, por tanto, a *somatizar* aquellos acontecimientos.

Mis razones para trabajar con el archivo no provienen de los fundamentos de la historiografía, ni tampoco de la necesidad de comprobar y contrastar fuentes de información para narrar el punto de vista que disputa el historiador. Mis razones para acercarme y zambullirme en la necesidad de archivo en la

que he vivido los últimos veinte años provienen del encuentro con la borradura y la tachadura, que surgen de la no-historia, provienen de la dimensión del SECRETO como asunto de seguridad nacional, de su histeria y de su mudez. Mi urgencia por el archivo se debe a ese síntoma, a esa *nube flotante de malestar* percibida a través de mi infancia anclada en el Cono Sur de América Latina. Infancia que me ha hecho preguntarme muchas veces cuánto de mi subjetividad está cruzada, modelada, por esos hechos y atmósferas que la envolvieron, por esas dictaduras militares y sus códigos y lenguajes de los que fui testigo en mi propio país y también en los otros países de la región por donde viajé y viví. Trabajé por casi veinte años con los archivos de la CIA y otros organismos de inteligencia de Estados Unidos sobre países latinoamericanos que han sido desclasificados, en un período que comprende desde 1948 hasta fines del siglo XX.

La matanza podría ser considerable y prolongada (estamos hablando de una guerra civil) [...]. Ustedes nos han pedido que provoquemos el caos en Chile [...] les ofrecemos una fórmula del caos que es poco probable que no suponga derramamiento de sangre. Disimular la implicación de EEUU será sin duda imposible. "Cablegrama ultra secreto de la base de operaciones de la CIA en Santiago de Chile", 10 de octubre de 1970. (Kornbluh *Archivos secretos* 27)

En el año 1999, el gobierno de Estados Unidos anunció la desclasificación de documentos de sus servicios secretos sobre la historia reciente de Chile. Recuerdo haber vivido esta noticia con cierta conmoción expectante y haber pensado y sentido que se iba a producir un gran revuelo histórico en Chile. Sin embargo, esto no sucedió y hasta la fecha solamente unos pocos libros recogen esta información. Pero para mí se transformó en una *interrogante simbólica*. Desde el punto de vista del arte concibo éstas como reflexiones simbólicas, como procesos de simbolización social es decir, ¿cómo se puede dar a ver y, por tanto representar —simbolizar—, la desclasificación de los archivos?

Los archivos desclasificados estuvieron a disposición del público través de un sitio oficial difundido por internet (Departamento de Estado). Al descargar algunos de estos archivos, tuve una primera impresión directa con el hecho mismo de *la desclasificación* de los documentos. Es decir, dimensionar el tener acceso a información que durante toda mi vida había presentado. Para mi generación acceder a esos documentos burocráticos que revelan datos duros, fechas, sumas de dinero, personas implicadas, esquemas de organización, planificaciones estratégicas escritas era acceder a un aspecto de la realidad con la que no habíamos lidiado. Mi generación era una generación que tuvo que escuchar las *versiones contrapuestas de la historia*, es decir, las versiones propagandísticas-ideológicas de la historia, con los testimonios y testigos contrapuestos de esas versiones contradictorias, con titulares que decían “No existen tales desaparecidos”.

Así mismo, sufrí un segundo impacto pues muchos de estos documentos están *tachados*: párrafos y páginas completas *borradas* con líneas, rayas y bloques negros. Me conmoví por esa información borrada y, a su vez, por la historia de Chile, aquella que sentí pequeña e insignificante desde esa *borradura*; pensé en el abismo que había entre los hechos sucedidos en Chile, lo mucho que nos han conmocionado por largo tiempo y esas *tachas*. Empecé trabajando con los archivos que se publicaron sobre Chile (en lo que se denominó Proyecto de desclasificación Chile) en los años 1999, 2000, y 2001, cuando Augusto Pinochet estaba preso en Londres, suceso que propició la voluntad internacional para hacer visibles estos archivos, siendo Chile uno de los países que tenía el mayor volumen de desclasificación de documentos. Para mi generación acceder a esos documentos burocráticos que revelan datos duros, fechas, sumas de dinero, personas implicadas, esquemas de organización, planificaciones estratégicas, nos mostraba un aspecto de la realidad con la que no habíamos lidiado.

La biblioteca de la no-historia es una obra que realicé en Santiago en 2010

y corresponde a mi primer trabajo con los archivos de inteligencia. Le impuse cumplir con dos objetivos: que la obra fuera una estrategia de diseminación de este material y, al mismo tiempo, que fuera una seductora transacción simbólica que me permitiera dimensionar la relación entre esta información y la subjetividad. Para esto, edité seis libros que fueron colocados en un anaquel y con los cuales intervine varias librerías de Santiago. Los libros contenían una compilación de archivos desclasificados sobre Chile y las personas podían llevárselos a medida que transcurría la muestra a cambio de una respuesta que quedó inscrita en un formulario. Es decir, tenías derecho a llevarte un libro, de manera que el anaquel iba vaciándose a medida que transcurría la exposición revelando una línea de luz blanca, a cambio de la transacción simbólica de una respuesta a la pregunta: ¿qué va a hacer usted con esto?

Ésa era la misma pregunta que yo me había hecho cuando empecé a trabajar con este material en 1998-1999. Cuando comencé el trabajo con los archivos pensaba en qué puedo hacer yo con este material, con sus significados, con el símbolo de época que ellos configuran. Tomé conciencia de que lo que se podía hacer era generar una obra que permitiera que el material fuera elaborado colectivamente, pero también, subjetivamente. En esta obra he aprendido algo significativo sobre la tensión que puede existir entre archivo y memoria. El archivo es una información dura y fragmentaria, donde aparecen datos específicos, y la memoria es aquello que vamos construyendo desde las experiencias subjetivas en relación a la historia. Por lo tanto, la pieza tendría que ver con aquella condición natural de los documentos de archivo: no son historia, sino más bien, podrían llegar a serlo.

La dificultad que significa enfrentarse a un material de archivo donde aparece la historia de la mayoría de los países latinoamericanos —porque en la medida que hice varias obras fui entendiendo la trama geopolítica que me llevó por todo el continente— escrito en un idioma que no es el nuestro por agentes de inteligencia norteamericanos durante los últimos sesenta años, nos

da pistas sobre cómo se han venido construyendo nuestras historias y cuáles han sido los lineamientos geopolíticos que tenemos en común. Las obras que realizo son en realidad estrategias que permiten al público aproximarse, a través de los sentidos, a este material de archivo que inevitablemente va a generar resistencias subjetivas, reacciones naturales de rechazo.

Desde las artes visuales, ha sido mi interés construir una tensión entre forma estética y contenido político que permita al espectador/lector problematizar la noción de archivo, teniendo por objeto producir una experiencia para el que mira, pero considerando que éste también puede ser a ratos un lector. Asimismo, la manera de espacializar los documentos, de disponerlos en el espacio, busca construir, más allá de la información que contienen, una dimensión simbólica de la experiencia de estos archivos y de la historia que portan. Para poder pensar el material de los archivos desclasificados como material para las artes visuales, tomo como ejemplo la obra *Litempo* que realicé en 2013. Ella aborda los archivos desclasificados sobre la masacre de Tlatelolco, ocurrida en la ciudad de México en 1968, donde la síntesis de lo ocurrido se espacializa en una línea de tiempo que muestra archivos de la planificación de la masacre, llenos de texto, y en la medida que se acerca al día de la Masacre, 2 de octubre de 1968, aparecen las tachas que perviven hasta el momento posterior a ella. De *Litempo* quedan estos documentos y los documentos de informes mexicanos. No hay una cantidad de víctimas establecidas, no hay cuerpos, no hay familiares que reclamen los cuerpos de sus deudos. Ocurrió al atardecer del 2 de octubre, y al amanecer del 3, solo pilas de zapatos daban cuenta que algo había sucedido. Para mí, esta “Operación Olimpia” (que recibe ese nombre por su cercanía con las Olimpiadas de México '68) instauro al detenido-desaparecido como una posibilidad social, que luego se masificará como política estatal por toda América.

Lo primero que entiendo de los documentos de inteligencia desclasificados, es que son documentos que contienen textos y tachas, pero que al ser exhibidos,

no están dispuestos solamente para ser leídos sino para, en primer lugar, ser vistos. Es decir, en su condición de *imagen* y luego de *texto*. La característica de la tacha y el texto del documento confunden al que las observa, al suprimir “las más viejas oposiciones de nuestra civilización alfabética: mostrar y nombrar; figurar y decir; reproducir y articular; imitar y significar; mirar y leer” (Foucault 34). Veo un texto fragmentado y la borradura de éste. La borradura es al mismo tiempo figura negra y abstracta. Así, este estar atrapado, o quedar atrapado, en un caos sin solución donde el orden original del discurso y la imagen han sido violentados, surge un tercer elemento que, en su hibridez, resulta peligroso y caótico, subversivo de la ley básica que separa al régimen del texto y la imagen. El texto dice, nombra, significa y se lee. La imagen muestra, representa y se mira. La fisura que es un documento tachado, el caos que produce en el pensamiento y la experiencia, reflejan de alguna manera la violencia como cuerpos histéricos que somatizan su relato reprimido. Esto lo retomo en la obra *Historias de Aprendizaje*, mostrada en la Bienal de São Paulo de 2014, donde cruzo los documentos norteamericanos, con la obtención de documentos brasileños que narran la importancia estratégica de Brasil a partir del inicio de su dictadura en 1964, cuyo rol será gravitante en la construcción de las siguientes dictaduras de la región del Cono Sur de América: Bolivia, Chile, Uruguay, Argentina y Perú.

Monumental se llama la obra que realicé para la Bienal de Shanghái de 2018. En ella, una columna traslúcida de 25 metros de altura, atraviesa los 4 pisos del edificio de la Bienal. Teníamos la prohibición de mostrar obras con textos que no estuvieran visados por el Ministerio de Censura de China. Elegí para esto documentos desclasificados que estuvieran altamente censurados, nada que leer, solo mirar aquello que no se puede leer.

Cuando revisé la desclasificación de archivos realizada por EE. UU. para Chile a partir de 1998 sufrí un impacto estético: muchos de estos documentos están *tachados*: párrafos y páginas completas *borradas* con líneas, rayas y

bloques negros. Me conmoví por esa información borrada y, a su vez, por la historia de Chile, aquella que sentí pequeña e insignificante desde esa *borradura*; pensé en el abismo que había entre los hechos sucedidos en Chile —y lo mucho que nos han conmocionado hasta hoy— y esas *tachas*.

Quiero detenerme y hacer una pequeña reflexión sobre el significado de una tacha. Las tachaduras son el borrado de información que permite que un documento clasificado como secreto sea liberado de esa condición y por lo tanto desclasificado. No es un acto histérico solamente —me refiero a borrar/reprimir para simultáneamente mostrar—. Cada tachadura posee al costado una marca, escrita a máquina o a mano que señala a qué corresponde la necesidad de mantener esa información como secreta. Puede ser B1, B2, etc. Estos códigos se refieren a cuáles son las razones de seguridad nacional norteamericana que hacen que esa información se mantenga oculta hoy. Con esto quiero decir que aun cuando el documento sea de 1972, por ejemplo, existen razones en el presente para que esa información no sea revelada. Se comprende entonces que esa tacha corresponde al presente de ese documento. Puede ser que la operación de inteligencia descrita esté activa aún. Puede ser que la persona que aparece mencionada, tal vez como informante o agente, esté de alguna manera operativa, puede ser que la información se refiera a algún interés norteamericano que se mantiene intacto en el tiempo. Es decir, lo que nos impacta de una borradura no sólo es que hay algo que no puedo leer, lo que impacta es que hay algo que no puedo leer *hoy*, ya que aún no es historia, ya que esa tacha es presente, es un dato duro acerca de nuestro presente.

A partir de esta desclasificación, y la manera en que interpela mi subjetividad y el cómo esta información se refleja en mi propia necesidad de relato histórico o tal vez de la conciencia de la falsedad del relato impostor, empecé a pensar el documento como material artístico en un sentido conceptual y en un sentido estético, y en su experiencia como una experiencia

por elaborar, haciendo cuerpo de un cierto sentimiento por la naturaleza incompleta de la historia. La experiencia de una historia secreta, borrada y que cambia las narrativas, es una experiencia que me parece medular en nuestra experiencia de la contemporaneidad.

En 2016 a través de un extenso cuerpo de obra, ya había revisado, producido e internalizado una gran cantidad de documentos que revelaban una política de la Guerra Fría hacia América Latina, y lo sintetice en la obra *EN NUESTRA PEQUEÑA REGIÓN DE POR ACÁ*. *EN NUESTRA PEQUEÑA REGIÓN DE POR ACÁ* es una muestra que trabaja con documentos de operaciones políticas a largo plazo, y son presentados en una gran instalación que permite apreciar su volumen y características principales. Muchos de ellos presentan tachaduras y censuras y, a causa de esas marcas gráficas, ya no pueden ser considerados meramente como textos para ser leídos, sino que adquieren el estatus de imágenes que pueden ser observadas. La instalación juega en ese espacio difuso entre el texto y la imagen.

En relación con estos archivos, la exposición problematiza también los contenidos del arte minimalista norteamericano, contraponiendo la austeridad y el ascetismo formal propio de ese movimiento de vanguardia, con la violencia política que desarrolló Estados Unidos hacia América Latina y hacia otros continentes en un momento de máxima expansión colonial. En efecto, al mismo tiempo que están ocurriendo las grandes operaciones políticas en territorio latinoamericano, las instituciones artísticas y académicas norteamericanas promueven y difunden a la abstracción minimalista como su vanguardia artística.

En tercer lugar, aparecen los retratos de cuarenta y siete autoridades latinoamericanas (asociados a su país y año de muerte) en la imagen de oradores públicos y cuyas muertes no han sido resueltas o están siendo revisadas en la actualidad. Estos líderes ocuparon cargos en la administración de los poderes del Estado: presidentes, ministros, jueces, jefes militares, arzobispos,

diputados, senadores. Están pintados sobre bronce, pero son representados a través de un efecto fantasmagórico. Me surge la pregunta: ¿Cuándo y cómo se puede cambiar el curso de la historia de un colectivo? ¿Cómo se llevan a cabo estas operaciones?

Hay otra pieza, titulada *Todo se desvanece en la niebla*, compuesta de archivos de inteligencia y de archivos en las que se recogen documentos judiciales facilitados por los familiares o demandantes y peritajes científicos sobre las muertes de las autoridades. Estos documentos judiciales narran la historia de procesos muchas veces abiertos, que pasan de tribunal en tribunal, nacionales e internacionales, donde no se logra narrar la dimensión del daño colectivo, porque en el lenguaje del derecho, los crímenes se comenten contra personas, entre personas. No contra Estados, ni contra cuerpos colectivos. En ellas se cumple una máxima de la Guerra Fría: una operación de inteligencia es exitosa cuando no podemos reconstruir la narrativa. Cuando no podemos aproximarnos al hecho, que cuando matas a un líder y cambias el curso de la historia. Todo el cuerpo colectivo se retuerce y afecta.

Finalmente, aparece la develación de los nombres completos sobre la imagen velada de un Gran Funeral colectivo, realizado con las imágenes de los funerales masivos de los cuarenta y siete líderes. En ellas vemos cumplirse una frase que dijo Jorge Eliecer Gaitán, cuando decidió no hacer caso a las amenazas de muerte que le llegaban y respondió: “ya no soy un hombre, soy un pueblo”, frase que da título a la obra. Se escuchan también los audios de discursos públicos de varios de estos líderes.

Finalmente, en *False Flag*, de 2022 recojo parte de un ciclo de trabajo, en el que busqué comprender la manera en que las agencias y gobiernos extranjeros han operado al margen de la legalidad, una y otra vez, en Latinoamérica y Europa. *False Flag* propone una revisión de los archivos desclasificados de Inteligencia norteamericanos sobre países latinoamericanos durante la Guerra Fría y la revisión de una serie de documentos que revelan la existencia de

Ejércitos Secretos (Stay Behind) implementados por la CIA y la OTAN para evitar el avance de la izquierda en la Europa de postguerra, revelados con el nombre de “Operación Gladio [“espada” en latín]”, durante los años 90 en Italia.

La “Operación Gladio” implica ataques en forma de atentados de baja intensidad con el objetivo de conmocionar a la población y así, incidir en el devenir histórico del continente. La historia de la “Operación Gladio” —es el nombre de código de éstas operaciones que se activaron en Italia, Alemania, Bélgica, España desde mediados de los años 60 hasta finales de los años 80— está llena de puntos ciegos, ambigüedades y violencia sin culpables, una historia en la que la Estrategia de Tensión se probó y perfeccionó, un tiempo en el que las agencias extranjeras desarrollaron complejas tácticas para controlar la opinión de la ciudadanía al utilizar el miedo, la falsa propaganda y los dobles discursos, provocando el horror con ataques terroristas de falsa bandera para lograr sus fines geopolíticos y empresariales.

Las obras exhibidas presentan un aspecto de la Guerra Fría relativo al uso del lenguaje, los secretos y los falsos discursos, lo que hace cuestionar la posibilidad de pensar, asimilar y sentirse parte de una historia que está basada fundamentalmente en omisiones, datos falsos, desarrolladas desde las planificaciones de inteligencia hasta los medios de comunicación masiva, manipulados estratégicamente para que, al calor de los incidentes, un primer relato devenido del shock sirva para velar la verdad y su complejidad a través de la conmoción pública.

El 11 de septiembre de 2023 se cumplieron 50 años del Golpe en Chile, el dolor volvió a expresarse por toda la sociedad, también la desidia negacionista volvió a hacerse presente. Exposiciones, obras de teatro, libros, columnas de opinión, manifestaciones, etc. Para cerrar esta presentación quiero citar al escritor Pablo Azócar quien escribió una columna titulada “Frivolidad”, lo traumático del Golpe aún en ese 11 de septiembre de 2023, porque localiza todo lo que he tratado de mostrarles. Dice:

El dictador chileno no solo mandó matar a varios de sus amigos y jefes a los que había jurado lealtad eterna, comenzando por el general Carlos Prats, quien lo había aupado y cobijado como se cobija a un hijo, sino que además creó un aparato represivo que recurrió a las sevicias más delirantemente inhumanas de las que se tenga memoria. A un afamado cantautor le reventaron las manos para que no tocara nunca más la guitarra, a una dirigente estudiantil le plantaron una plancha hirviendo para deformarle la cara, a dos adolescentes los rociaron de parafina y los quemaron minuciosamente de arriba a abajo, a un obrero le martillaron los dedos para que no volviera a ejercer su oficio, a una enfermera le atravesaron las manos con corvos militares hasta que se fue desangrando entera, a un campesino de dieciseis años le reventaron la cara y lo encontraron con la boca llena de excrementos de caballo, a un pianista le fueron arrancando una a una las uñas de las manos, a un dirigente político lo mataron a pausas quemándole el pecho con un soplete. Conocí a una adolescente que estaba embarazada porque la habían violado una y otra vez salvajemente en una cárcel clandestina. Conocí a un niño al que le pusieron electricidad en la entrepierna delante de sus padres para que estos “hablaran”. Conocí a una mujer que era incapaz de tener relaciones sexuales porque le habían metido ratones en la vagina, y a otra que la amarraron para que fuera penetrada por un perro entrenado. El *Informe Rettig* (sobre los detenidos desaparecidos de 1991) y sobre todo el *Informe Valech* (Informe sobre la tortura de 2003 a 2010) —son documentos oficiales del estado chileno, redactados por autoridades morales y especialistas de todo el arco político— recogen una parte de esas atrocidades.

Les pido valor y respeto para la lectura del siguiente párrafo escrito por Azócar en la misma columna, pensando que la extensión de este horror recorrió todo el continente. Azócar prosigue:

En ese informe pavoroso (El Valech) quedaron registrados más de setecientos regimientos, retenes, comisarías, campos de concentración o cárceles secretas —en todas las regiones del país— donde sucedieron los hechos, con fechas y pormenores. A pesar de los años transcurridos, los millares de testimonios que recoge el Informe Valech resultan sobrecogedores. “Me rompieron las fibras

del ano al meterme objetos contundentes”. “Perdí la visión del ojo derecho por golpes de metralleta”. “Entonces un milico se sacó el pene y me obligó a que se lo enderezara con mi boca, después vino el otro y el otro, el último se fue en mi boca, mi vida nunca fue la misma ya que solo tenía 15 años”. “Me aplicaron el ‘teléfono’, golpes al unísono en ambos oídos, reventándome el derecho”. “Me fueron arrancando las muelas sin anestesia”. “Me colgaron de los pies, me hacían comer excrementos y agarraban del cuello delante mío a mi hija de nueve meses diciéndome que la iban a matar”. “Me molieron los riñones con los golpes y aún tengo secuelas”. “Me obligaron a tener relaciones sexuales con mi padre y con mi hermano”. “Me golpearon tanto que perdí la memoria y la visión”. “Nos hicieron desnudarnos, pasando una barra entre los codos y la parte trasera de las rodillas, la sensación era de descuartizamiento”. “Me deshicieron los testículos con la corriente”. “Tengo huellas de quemaduras de cigarro en todo el cuerpo”. “Me destruyeron la vagina, no pude defecar sin dolor durante años”. “Me dejaron ahí y se me gangrenó una pierna”. “Me tuvieron que extirpar el útero y los ovarios por hemorragias internas”. “Hoy tengo una afección cardíaca producto de la corriente que me aplicaron”. “Quedé con un terror que nunca se me fue, paranoia, claustrofobia, angustia”. “Sigo reviviendo una y otra vez lo que padecí en esos días”. “Todavía lloro mientras duermo”.

Aún cuando el informe Valech no puede ser público a cabalidad, conocemos estos y otros fragmentos, y desde los ecos de ese pasado colapsado por esta crueldad, como sociedad establecimos un NUNCA MÁS que vertebró nuestra convivencia durante la transición y las décadas posteriores que sin embargo la sociedad volvió reincidir en ser cómplice de violencia estatal hacia los ciudadanos, de un modo que aún no se equipara a la dictadura, en ningún caso, pero que revela una preocupante planificación de violencia estatal, connivencia institucional y complicidad civil que equipara la noción de orden al derecho del estado de ejercer violencia indiscriminada.

Desde 2020 a 2023, realizamos un grupo de mujeres artistas, una investigación de esta violencia ocurrida durante el Estallido Social chileno de 2019 a 2020. Levantamos información, documentación, generamos cartografías, hicimos

entrevistas, solo para recordar que recordar es un ejercicio de memoria, resistencia pero sobre todo de consciencia. La consciencia de la fragilidad de nuestra colonizada democracia.

Obras citadas

Azócar, Pablo. “Frivolidad”, *Diario La Tercera*, 11 de septiembre 2023.

Badani, Javier. “Nixon: ‘¿Qué es lo que necesitamos (en Bolivia)? ¿Un golpe?’”, *¡La Pública!*, 15 de agosto 2016. <https://lapublica.org.bo/especiales/el-golpe/item/1150-nixon-que-es-lo-que-necesitamos-en-bolivia-un-golpe>

Departamento de Estado de EEUU. Freedom of Information Act Virtual Reading Room Documents Search. <https://foia.state.gov/Search/Search.aspx#>

González, Javier M. y Gabriela Máximo. “Brasil: el primer golpe basado en la doctrina de la seguridad nacional”. *Nueva Tribuna*, 31 de marzo 2024. <https://www.nuevatribuna.es/articulo/global/dictadura-brasil-primer-golpe-basado-doctrina-seguridad-nacional/20240331142446225388.html>

Herrera Lussich, Daniel. “Nixon: Brasil ‘ayudó a manipular las elecciones’ de 1971 en Uruguay”. *El País* (edición Uruguay), 18 de agosto 2009. <https://www.elpais.com.uy/informacion/nixon-brasil-ayudo-a-manipular-las-elecciones-de-1971-en-uruguay>

Kornbluh, Peter. *Los archivos secretos*. Crítica, 2004.

---. “Operación Cóndor: los ‘asesinatos selectivos’ que implican a Pinochet y a Manuel Contreras”. 9 de enero 2020. <https://www.ciperchile.cl/2020/01/09/operacion-condor-los-asesinatos-selectivos-que-implican-a-pinochet-y-a-manuel-contreras/>

Lessa, Francesca. “La Operación Cóndor al descubierto, una campaña de terrorismo de Estado en América del Sur en los años 70”. <https://youtu.be/GA44sszBetY?si=3oZQexLWL7bPhRVY>

Sifuentes, Emma. “El otro 9/11: Estos son los archivos desclasificados que narran la intervención de Nixon y la CIA en Chile”. *Fast Company*, 11 de septiembre 2024. <https://fastcompany.mx/2024/09/11/11-de-septiembre-archivos-desclasificados-revelan-intervencion-nixon-cia-chile-golpe-estado-1973/>